

La cooperación al desarrollo de la República Federal de Alemania en sus vínculos con Argentina y Brasil a principios de la década de 1960: Determinantes, importancia y condicionamientos

Andrés Musacchio. Instituto de Estudios Históricos, Económicos, Sociales e Internacionales (IDEHESI), (andresmusacchio@hotmail.com)

Linda Rebmann. IDEHESI (l.rebmann@gmx.net)

Abstract

El trabajo analiza los principales determinantes de la política de cooperación al desarrollo desplegada por Alemania entre finales de la década del 50 y principios de los años 60, poniendo énfasis en los casos de Argentina y Brasil.

En ese momento, pueden verse con claridad algunas contradicciones interesantes de la política, como la colisión parcial entre los objetivos estratégicos de evitar el avance de la Unión Soviética, profundizar la cooperación cultural-ideológica y estimular el avance de los grupos económicos germanos en la región.

El mix de ayuda oficial, asistencia privada y condicionamientos a los países receptores permiten, a su vez, analizar críticamente el modelo de desarrollo que Alemania, en cooperación con otros países del "viejo continente", pretende imponer en la región.

La comparación entre Argentina y Brasil, por su parte es un buen punto de apoyo para captar el poder de negociación y los grados de libertad con que cuentan los países receptores para encarar la negociación, la disposición para jugar al límite en algunas cuestiones urticantes como el reconocimiento de la RDA y el rol dado a las inversiones externas en el proceso de desarrollo.

Introducción

En sus vínculos con América latina, Alemania tuvo siempre una intensa actividad en materia cultural, asentada en la preservación del "germanismo", es decir, de la relación de pertenencia a Alemania de los inmigrantes germanos y sus descendientes. La agresiva política del Nacionalsocialismo y la Segunda Guerra Mundial causaron una ruptura de los vínculos bilaterales de los países latinoamericanos con Alemania, así como un fuerte control en las actividades culturales promovidas por Alemania y en los grupos y organizaciones de alemanes, pues el pretendía utilizar esos canales para extender geográficamente su poder.

El contexto de la inmediata posguerra relegó a América latina a un discreto segundo plano en la trama de la política internacional, y Alemania occidental intentó recuperar parte de su presencia económica muy lentamente a lo largo de los años 50. Los programas de ayuda al desarrollo que los germanos comenzaron a desplegar por esos años tenían por objetivos principales reinsertarse en las economías latinoamericanas e impedir el reconocimiento de Alemania oriental –la Zona de Ocupación Soviética (ZOS) – como Estado.

Sin embargo, paulatinamente la cuestión más genérica de la lucha contra el comunismo fue ocupando un espacio creciente. Por una parte, desde principios de la década del 50, varios países latinoamericanos -entre ellos Argentina y Brasil- comenzaban a anudar vínculos comerciales con los países del bloque soviético como forma de contrarrestar las crisis económicas y contrapesar la influencia de los Estados Unidos. Por otro lado, el bloque soviético incrementaba su presencia y actividad en la región. El nuevo interés de la RFA sobre la cuestión fue haciéndose cada vez más perceptible. Como ejemplos aparecían la edición de una revista titulada “Ostprobleme” (problemas del este) editada por la Embajada alemana en los Estados Unidos, o la cooperación entre las embajadas y los Ministerios de asuntos exteriores de Argentina y Alemania en el combate contra el comunismo por medio de intercambio de información hacia 1956.¹

El quiebre más significativo fue, no obstante, el estallido de la revolución cubana, con el que la Guerra Fría se desplazaba al continente y obligaba a las potencias occidentales a replantear estrategias para la región. Por un lado, pudo observarse inmediatamente una ofensiva de presiones diplomáticas y el trabajo con grupos locales que aseguraran el control político en los países de la región. Pero también, comenzó a pensarse en la necesidad de implementar estrategias de mejora de las condiciones de vida de los diferentes países como herramienta para evitar un terreno fértil para la expansión de ideas comunistas. En ese contexto, dentro del Auswärtigen Amt (AA), el Ministerio de Asuntos Exteriores alemán, comenzó a insistirse en la necesidad de incorporar a las políticas de cooperación al desarrollo una dimensión cultural, que la distinguía de las propuestas norteamericanas. Sostenían como explicación, que la Unión Soviética centraba su acción en ese terreno más que en el económico y, por lo tanto, la lucha anticomunista -objetivo central de los planes de asistencia al desarrollo de la época- debían por fuerza incluir una dimensión cultural y dar el combate allí donde los soviéticos lo proponían.

El objetivo del presente trabajo es bucear precisamente en esa dimensión, enfocándola desde tres puntos de vista diferentes y complementarios. En primer lugar, nos ocuparemos de la controversia entre Alemania y los Estados Unidos en la estrategia de política de ayuda al desarrollo en el marco del enfrentamiento con la Unión Soviética. Luego, avanzaremos sobre algunos elementos de la caracterización que algunos funcionarios de la Cancillería alemana tenían de América latina en el terreno socio-cultural, base para la elaboración de algunas propuestas de cómo penetrar culturalmente en la región, proceso que apuntaba a contener el avance del comunismo pero también a estimular el avance de los intereses económicos teutones, eje de la última parte del trabajo.

La vinculación estrecha entre esta concepción “cultural” de la ayuda al desarrollo y la tensión Este-Oeste provocada por la revolución cubana primero y la Crisis de los Misiles después coloca al proceso en un entorno temporal que se extiende entre finales de los 50 y principios de los 60. Con la resolución del conflicto de los misiles, nuevamente la dimensión económica volvió a cobrar dinamismo y los recursos para la penetración cultural comenzaron a ser recortados a partir de 1964. Esa parábola de importancia de la

¹ Véase, por ejemplo, algunos documentos contenidos en el Politisches Archiv des Auswärtigen Amtes (PAAA), B33-10. Para el seguimiento de la expansión de los vínculos comerciales con el bloque oriental en Brasil, véase varios documentos contenidos en PAAA, B33-31.

dimensión cultural nos sitúa entonces en un entorno temporal que va desde finales de los 50 hasta 1965, período sobre el que realizaremos el análisis.

Dos concepciones de la lucha anticomunista

El sector de ayuda al desarrollo se desplegó en los años 50 como parte de la política exterior de las grandes potencias, vinculando a emisores y receptores, cuyos intereses convierten a las transferencias en un flujo no unilateral. Es que los emisores condicionan la asistencia al cumplimiento de determinados objetivos de política exterior que en el fondo la convierten en una poderosa palanca para imponer a los receptores determinadas políticas. Los condicionamientos están articulados, por supuesto, a los lineamientos espacio-temporales concretos de cada emisor.

La República Federal de Alemania (RFA) pasó en menos de una década –entre finales de los 40 y finales de los 50- de ser receptor de asistencia (en el marco del Plan Marshall) a convertirse en un importante emisor. Los objetivos asociados a la asistencia se vinculaban tanto a cuestiones económicas como estratégicas, aunque el peso de cada uno de ellos se modificaba de acuerdo a la coyuntura.² A partir de 1955 y hasta 1969 tuvieron un lugar muy significativo la imposición de la *Doctrina Hallstein*³ y la cuestión Alemana. El desafío de ser reconocido como el único estado alemán soberano fue una de las motivaciones principales, no solo para la política exterior germana en general, sino también en el juego de presiones para conceder, incrementar o limitar los recursos ofrecidos a distintos países como asistencia al desarrollo (Rebmann 2010). Por eso, es razonable afirmar que “La necesidad de tener una palanca para una “política de Alemania” (Deutschlandpolitik) sistemática y preventiva ayudó a principios de los años 60 a forjar la política federal del desarrollo” (Hein 2006:31).

Por supuesto, no solamente razones diplomáticas promovieron el surgimiento de la cooperación al desarrollo. La RFA dependía de la importación de materias primas, aun más desde la pérdida de la región agropecuaria de Prusia Oriental, que la forzaba comprar alimentos en el exterior. El crecimiento y el “milagro económico” también estaban relacionados directamente con el sector de exportación. Así, con el plan de asegurar constantemente mediante créditos, ordenes de compra y consolidar las relaciones comerciales con los países periféricos, el gobierno de Adenauer trató de compensar el comercio perdido con los países de Europa del este y expandir la demanda de productos alemanes compensando un aún comparativamente débil mercado interno.

Pero los factores dominantes en los inicios de la asistencia eran la presión externa y la situación global generada por el conflicto Este-Oeste. Los países socios de Europa insistían en que una Alemania económicamente recuperada debía aportar su parte para el soporte de sus antiguas colonias. Sobre todo Francia, Gran Bretaña y los EE.UU. reclamaban la participación alemana para la cooperación al desarrollo en áreas de importancia, que acompañaran las políticas que Francia impulsaba para el Magreb, Gran Bretaña para India y los EE.UU. para América Latina. Simultáneamente, las potencias

² Sobre los determinantes y transformaciones de la política alemana al desarrollo hasta mediados de los años 70 cf. Hein 2006 y Bodemer 1974.

³ La doctrina sostenía la existencia de un solo Estado alemán, la RFA, y consideraba a la región oriental solo una zona de ocupación soviética. Aunque era difícil impedir relaciones comerciales con la RDA, la RFA trataba de evitar el reconocimiento de aquella como Estado, amenazando con (y concretando efectivamente en algunos casos) la ruptura de relaciones diplomáticas. Cf. Kilian 2001.

occidentales estaban convencidas de que la asistencia servía para contrarrestar el avance ideológico que pretendía impulsar la Unión Soviética. En los momentos de mayor tensión entre los bloques occidental y oriental, esa cuestión ganó relevancia, hasta convertirse en el determinante principal de la política de ayuda al desarrollo. Tal coyuntura, por ejemplo, es la que se registraba en el paso de la década del 50 a la del 60.

La ayuda al desarrollo era considerado simplemente un medio para imponer las propias motivaciones político-económicas, pero sobre todo geoestratégicas de los emisores. Tal postura se reflejaba muchas veces, por ejemplo, en la ausencia de una base teórica o un concepto marco, como ocurría en Alemania. En los inicios, ni siquiera se identificaban contradicciones entre los intereses del emisor y del receptor, como explicaba Walter Scheel, Ministro para la Cooperación Económica entre 1961 y 1966: la “política del desarrollo no pierde sinceridad ni poder de convencimiento si admitimos que debe servir a los intereses de ambas partes, emisores y receptores.”⁴ En 1960 Ludwig Erhard trató de sistematizar un tanto la asistencia, introduciendo la distinción de tres campos diferentes de cooperación -la ayuda técnica, la ayuda financiera y las concesiones en materia de política comercial (Hein 2006:48)-, aunque la falta de un concepto más elaborado continuaba presente.

La cooperación como parte de la política exterior de la RFA consistía fundamentalmente en pequeños proyectos con una amplia distribución geográfica y hasta 1964 el gobierno había firmado 900 proyectos en 91 países. No existía un plan coherente, e incluso muchas veces ni siquiera se terminaba de realizar lo comprometido, tal como lo reconocía un informe del Bundesministerium für Wirtschaftliche Zusammenarbeit de 1964⁵. Que ni siquiera estaban claramente definidos los medios disponibles o las cantidades de recursos necesarios quedaba expuesto en un documento interno de la sección 415 del AA, en el cual, como respuesta a una requisitoria, se decía: „Lamentablemente, la sección 415 no dispone de documentación de la cual se desprenda la necesidad de ayuda de capital a Sudamérica para 1961 discriminada por país o por proyecto. A partir de los informes generales provistos por nuestras misiones en Sudamérica, solamente con mucha reserva y sin la posibilidad de una especificación puedo estimar la necesidad total para los países Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Ecuador, Colombia, Paraguay, Perú, Uruguay y Venezuela en 500 Mill. DM. En el cálculo de los importes no se toma tanto en cuenta la necesidad prácticamente ilimitada de esos países, sino más bien nuestro interés político de contrarrestar allí la expansión del comunismo. No considero adecuado en ese contexto elevar a nuestras misiones interrogantes de especificación, pues debe evitarse todo lo que pueda llevar a esperanzas infundadas sobre la ayuda financiera real de Alemania.”⁶

Mientras el Este (que, a su vez, trataba de ganar al Tercer mundo mediante financiamiento) recriminaba a los países que de la cooperación al desarrollo se trataba nada mas que de un avance neoimperialista y de una nueva variante de difusión compulsiva del capitalismo, la RFA intentaba no estar involucrada en proyectos multilaterales con las demás potencias coloniales ni despertar la impresión de imponer proyectos. En lo referido a Latinoamérica, la RFA trataba de mantener un equilibrado

⁴ Scheel 1966, citado en Gieler/ Miltch 2008:17.

⁵ No 299; III B, 20 de marzo de 1964

⁶ PAAA; B 65 – 415 No 285. Escrito de la Sección 15 interno a la Sección 407; Tema: Ayuda de capital a los países en desarrollo, gez. Hein. Bonn, 12 de diciembre de 1960

punto medio entre distancia y cooperación con los Estados Unidos. En parte, esto estaba originado en el cuestionamiento que se le hacía a los EEUU de promover la acción y financiación conjunta, pero recogiendo ellos la totalidad de los dividendos económicos derivados de ella. También se procuraba ponerse a resguardo del rechazo general de las ayudas motivado en un generalizado sentimiento antinorteamericano que los funcionarios alemanes creían ver en Latinoamérica, muchas veces no sin razón.⁷

Pero había además una razón de fondo, pues se advertía una marcada divergencia en la interpretación sobre las características de la penetración comunista, que, a su vez, determinaba la forma de la reacción. Es que los Estados Unidos interpretaban la ayuda al desarrollo comunista de una forma pragmática económica, mientras los alemanes recalcan el trasfondo político-ideológico de todas las acciones orientales, incluyendo las económicas. Las diferencias de concepción entre los Estados Unidos y Alemania podían verse, por ejemplo, en el protocolo de entendimiento del intercambio de opiniones entre ambos sobre la ofensiva económica comunista en los países en desarrollo del 9 al 11 de diciembre de 1963 en el Departamento de Estado, en Washington⁸. Los alemanes insistían allí que “El claro éxito de la ayuda económica oriental, y especialmente soviética, a los países en desarrollo, se deja ver en lo siguiente: el logro de una presencia política de la Unión Soviética en los países en desarrollo y la conformación de una “imagen” de la Unión Soviética como una nación poderosa y económicamente eficiente.” Esa imagen se construía a partir de factores políticos, psicológicos y propagandísticos, no captables en las estadísticas. Aunque los alemanes evaluaban que los resultados de la conferencia acercaban mas las interpretaciones, seguían enfocando la expansión de la influencia soviética en el terreno ideológico, mientras los norteamericanos resaltaban el predominio de una política de poder. Con la irrupción de la revolución china o la línea autónoma seguida por Yugoslavia, los germanos contrastaban el temor norteamericano a la penetración exclusivamente soviética con su propia idea de los peligros derivados de un mundo oriental ahora policéntrico, con estrategias múltiples y frentes de penetración diversos.

En cualquier caso, y más allá de cómo se lo interpretara, se sostenía una línea común de prevención del avance socialista. “Precisamente los Estados Unidos utilizaban su hegemonía económica desde el principio, para desplegar una política anticomunista global por medio de un sistema de combinación de ayudas económicas, de ayuda al desarrollo y militares” (Hein 2006:17). El cálculo se ve con claridad en una nota en la que se analizaba el refuerzo de la ayuda económica a Sudamérica por parte del gobierno de Eisenhower: „Una conversación [con el deputy assistant secretary Martin] dejaba reconocer, que el gobierno de los EEUU, en función de la situación en Cuba y de una cierta decepción sobre el reducido apoyo del punto de vista norteamericano por parte de algunos estados sudamericanos, cree necesaria e indispensable una aceleración adicional de la ayuda económica para Sudamérica.”⁹

⁷ Estos aspectos son recogidos por un largo documento en el que se exponen las opiniones de varios funcionarios germanos vertidas en un encuentro de embajadores en Cuernavaca, reunidos precisamente para discutir las relaciones entre Alemania y Los EEUU en el terreno de la ayuda al desarrollo en América latina. PAAA: B 65 No 55: III B 4, Comunicado del 22 de julio de 1963.

⁸ Con la participación, entre otros del por entonces Presidente del Consejo de Planificación Política del Departamento de Estado y referente en políticas de desarrollo W.W. Rostow. PAAA: B 65 No 55: III B 4, 21 de diciembre de 1963.

⁹ PAAA; B 65 – 415 No 285. teletipo de Washington; decodificado. 16 de julio de 1960.

La cuestión del avance soviético al que aludían en el protocolo se originaba en un hecho de singular importancia como era el triunfo de la revolución cubana. Si hasta ese momento el escenario latinoamericano había sido secundario para la política de las grandes potencias occidentales, el acceso de Fidel Castro al poder primero y su acercamiento paulatino a la URSS después, significaron una ruptura mayor. La Guerra Fría irrumpía en el continente y los Estados Unidos trataban de reforzar su presencia política y militar, pero también económica.

Bajo la idea de que la pobreza generaba condiciones para la expansión de ideas socialistas, lanzó un plan de “reformismo preventivo y asistencialista” (Rapoport/Laufer 1999:5), denominado Alianza para el Progreso. Como señalan Singer/Raffer (2001:38), buena parte del dinero se destinaba en realidad a ayuda militar para prevenir otra Cuba, pero el resto se invertía en programas sociales y ayuda técnica. Inmediatamente, Estados Unidos trató de abrir el programa a la participación europea, compartiendo los costos pero tratando de mantener bajo su exclusividad la dirección y la coordinación.

La apertura norteamericana a la participación europea no se producía solamente por razones de costos. El Secretario de la delegación en París de la Organización de Estados Americanos –un británico que secundaba al Director de la delegación Rodríguez Larreta- lo ponía en claro en una conversación con un funcionario alemán, cuando, según informaba este último, planteaba que “El único problema político real de la Alianza para el Progreso se encontraría en el hecho de que si bien los países sudamericanos miembros suscribirían casi sin condicionamientos una cooperación regional, ésta estaría sobrecargada psicológicamente por el sobrepeso político y económico de los EEUU. Por eso, como contrapeso podría ser considerada de manera especial la participación europea en la Alianza para el Progreso. También por parte de los EEUU se considera que la participación europea desactivaría el problema reconocido y por eso se acogería a esta con satisfacción, de manera absolutamente independiente a la de por sí importante descarga presupuestaria en el terreno de la asistencia técnica.”¹⁰

Esa propuesta de participación mostraba, sin embargo, que si la línea divisoria entre el bloque formado por Estados Unidos y Europa occidental, por un lado, y el bloque socialista por el otro era clara e indiscutida, no todos sacaban las mismas conclusiones y recomendaciones sobre el camino a seguir. En el “bloque occidental”, por llamarlo de alguna manera, se cruzaban en ese punto interpretaciones diferentes sobre la problemática que se enfrentaba e intereses económicos nacionales y regionales en lo respectivo al comercio y los capitales que buscaban expandirse en Latinoamérica. Ese cruce es perceptible en varios documentos de la Cancillería alemana, donde se ponen en claro por sobre un eje común intereses divergentes en cuanto a la conducción de la asistencia y la distribución de los beneficios económicos para los emisores. Así, la mayor independencia que la reconstrucción económica y la reorientación hacia los vecinos europeos le daban a Alemania podía percibirse, por ejemplo, en una opinión del Secretario de Estado alemán Carstens, quien criticaba la política exterior norteamericana de ayuda económica y dejaba ver diferentes enfoques en varios aspectos: “Los Estados Unidos desean que nos involucremos más, pero por otro lado evitan nuestro ingreso en proyectos de cooperación al desarrollo (...) Los americanos defienden su posición en América Central y el norte de Sudamérica contra nosotros de manera más obstinada que en los países del ABC(...) Tendremos que decirles abiertamente en una conversación que según nuestra opinión

¹⁰ PAAA; B 65- III B4, No. 55, 30 de enero de 1963.

cometen errores, por ejemplo: la intolerancia frente a dictadores, como por ejemplo Stroessner, que, según nuestra opinión, no está justificada. Con escepticismo es recibido el intento de implementar en todos los estados sudamericanos condiciones democráticas a la manera del modelo norteamericano (...) No es aceptable [tampoco] que los americanos usurpen contratos.”¹¹ Las protestas de la AA reflejan el panorama en los años 1963 y 1964, cuando Estados Unidos intentaba imponer su dominación en los terrenos de la política exterior y económica, incluso en las instituciones internacionales. Por eso, los alemanes se quejaban “de que el Banco Mundial se hace presente en América latina como una institución norteamericana, que sus consultores son norteamericanos y que las provisiones se hacen en primera línea a través de firmas norteamericanas.” El tema no surgía en ese momento, pues “Las protestas sobre la preeminencia de las firmas [norte]americanas para las provisiones financiadas por el Banco Mundial... no son nuevas.” Especialmente objetaba el AA “... que los [norte]americanos entorpecen el flujo comercial tradicional por medio de operaciones atadas a la ayuda, por ejemplo cuando sobrellenan la necesidad de camiones de un país con colocaciones masivas para varios años”

Se perfilaba en las críticas una interpretación diferente de las formas que debía adoptar la ayuda para el desarrollo, pero también la confrontación de intereses económicos concretos. Se trataba, en este último campo, de una puja por las inversiones, por las corrientes comerciales, y por los contratos atados a la ayuda bilateral o multilateral, en tanto de ellos se desprendía un fuerte apoyo a la expansión de los intereses de empresas específicas de los países emisores. Los programas de asistencia se realizaban con la obvia idea de profundizar la penetración en el país receptor y captar un volumen mayor de negocios para las empresas del país emisor.

Otro aspecto de la divergencia se manifestaba en el terreno de la coordinación de las políticas de asistencia. Los Estados Unidos presionaban sistemáticamente para una organización general en la Alianza para el Progreso, en la que se coordinaran los recursos para la asistencia, pero manteniendo ellos la dirección del proceso. Los países europeos se resistían a una coordinación que los obligaba a apoyar financieramente pero no les permitía captar los beneficios en igual proporción. Especialmente se cuestionaba que el sector de ayuda al desarrollo estuviese en coordinación con USAid, pues se temía que el predominio de los Estados Unidos condujera a los países latinoamericanos a perder de vista la importancia de la ayuda europea. Tal interpretación introducía una cuota de sigilo y desconfianza, manifestada en instrucciones tales como la que se le daba a la embajada en Washington: “Se ruega a la Embajada averiguar como los [norte]americanos se imaginan la incorporación de los otros países industriales y qué reflexiones los lleva a la conclusión que la Alianza para el progreso sería a partir de ahora una carga común de Europa y América. Rogamos hacer esa constatación con cuidado para evitar generar la impresión que estamos dispuestos a incorporarnos.” El documento continuaba señalando que “Pretendemos continuar otorgando nuestra ayuda al desarrollo a América latina fundamentalmente bilateralmente. Esto significa, no queremos otorgar ni ayuda de capital ni técnica de otra forma a la actual (excepción Banco Mundial, naciones Unidas).”¹² De

¹¹ PAAA: B 65 No 55: III B 4, Comunicado del 22 de julio de 1963. Sobre la cuestión del Banco Mundial, ver también la conversación entre el Embajador Colombiano y el Secretario de Estado alemán en Bonn, PAAA: B 65 415, No. 362, 23 de noviembre de 1960.

¹² PAAA: B 33 No 299; III B 4. 4-08.02 telegrama cifrado del 10 de abril de 1964

la misma manera, se temía que el sentimiento antinorteamericano en el sur del continente pudiese afectar las relaciones Europa-América latina „Tendríamos que promover la Alianza para el Progreso moralmente y sintonizar nuestra trabajo con ella. Nuestra ayuda al desarrollo tendría que ser otorgada por separado de la alianza, para que nuestros esfuerzos no se vean cargados de los resentimientos dominantes anti-americanos (...). Con una participación directa caeríamos en el campo de tensión entre Norteamérica y América latina”.¹³

Por eso, la AA trataba de no involucrarse en un programa común y un funcionario tranquilizaba al preocupado Embajador en Río de Janeiro con una nota en la que le decían: “Querido Sr. Seelos! Tenga usted nuestro agradecimiento por su nota del 20 de septiembre. Su preocupación sobre nuestra incorporación a la Alianza para el Progreso es, creo yo, infundada. Nosotros en el Auswärtigen Amt lo damos por descartado y el Sr. Ministro Federal Scheel, que tal vez una vez durante su estadía en América jugó con esa idea, tiene, de acuerdo a lo que he escuchado, la misma posición que nosotros.”¹⁴

En contraposición, era más fluida la cooperación con otros países europeos, en un momento en que parte de la región intentaba contrabalancear la dominación e influencia norteamericanas. Especialmente con Francia, país con el que se organizaban periódicos encuentros entre funcionarios para coordinar programas específicos de asistencia y discutir frecuentes diferencias de criterios. España también tenía un espacio en la acción conjunta, pues los alemanes consideraban que la impronta cultural española y el idioma común facilitaba el proceso. De la misma forma, con Gran Bretaña se promovía una coordinación de la asistencia, mientras los embajadores de los miembros de la CEE en varios países latinoamericanos se reunían sistemáticamente para discutir las coyunturas locales y la mejor forma de expandir los intereses comunitarios. Si bien quedaba claro que la cooperación al desarrollo debía mantenerse fundamentalmente a escala nacional – pues se encontraba vinculada a la expansión de los propios intereses de los emisores en los países receptores-, algunos objetivos comunes y algunas rispideces entre los emisores permitían ciertos acuerdos y un margen para la cooperación entre ellos.

Latinoamérica en su dimensión cultural

Una de las divergencias principales que los alemanes dejaban ver en su relación con los Estados Unidos era la insensibilidad de estos para entender culturalmente a los países latinoamericanos. Esa falta de ductilidad –de la que, por otra parte, los alemanes tampoco estaban a salvo como veremos a lo largo de toda esta sección- era la que generaba, según sostenían los funcionarios germanos, una desconfianza creciente el Latinoamérica y ponía en guardia a todo el subcontinente frente a sus procedimientos de penetración imperialista. Precisamente la palpable resistencia latinoamericana a los procedimientos norteamericanos era la que alertaba de la necesidad de implementar métodos diferentes, comprendiendo en lo inmediato los patrones culturales de la región y actuando a largo plazo sobre la variable cultural para lograr algunas transformaciones, pero fundamentalmente para blindar el avance comunista. En ese sentido, el AA señalaba de manera sistemática que a diferencia de los EEUU, la Unión Soviética si había comprendido la importancia de la penetración cultural como una suerte de caballo troiano para el despliegue de sus intereses. Esto tornaba a los soviéticos todavía más

¹³ PAAA; B 33 No 299: III B 4. 4-08.02 Telegrama cifrado del 10 de abril de 1964.

¹⁴ PAAA; B 65, 415-365, 803-83.00, 16 octubre de 1962.

peligrosos e imponía la necesidad urgente de actuar en ese terreno de manera convincente.

Por supuesto, no siempre las interpretaciones del AA en lo referido a la conducta de los Estados Unidos se correspondían con la realidad. De acuerdo a las ya citadas opiniones del Secretario Carstens –quien luego sería incluso Presidente de su país–, la supuesta ceguera de los EEUU por imponer su patrón de democracia le impedía ver la utilidad de algunas dictaduras como la de Stroessner. En realidad, ha sido fehacientemente documentado en numerosos trabajos históricos que los Estados Unidos no sufrían de tal “ceguera”, habiendo apoyado sistemáticamente numerosos experimentos antidemocráticos y asistido e impulsado una cantidad imprecisa pero por demás nutrida de golpes de estado. En todo caso, parecería ser una velada crítica a un sector más “acuerdista” y “cooperativo” dentro de los funcionarios norteamericanos, que por entonces comenzaba a perder terreno dentro del departamento de Estado.

También la caracterización de la región puede ser sometida a una profunda crítica, pues muchas veces se fundaba en un conjunto de clichés y generalizaciones que poco tenían que ver con un diagnóstico real. No ensayaremos aquí una sistematización crítica, pues más que la precisión del diagnóstico nos interesan los parámetros sobre los que se estructuraba la política al desarrollo. En ese sentido, algunos informes del AA solían remitirse en última instancia a la existencia de un bloque hispanoamericano con una raíz cultural común y extensible a la propia España, que por ese motivo podía ser un buen vehículo para la cooperación tripartita. Esa raíz común se verificaba en estructuras políticas, sociales y económicas que se entendían como semejantes, tal como lo deja ver un informe en el que se sostenía que “España [se trata de la España franquista!] ofrece un ejemplo de desarrollo interesante, que sería bien comprendido por los países latinoamericanos, todavía más, cuando la administración pública de estos países tiene raíces hispanas. En relación a esto, se duda del sentido de la introducción de sistemas de organización extraños provenientes de otros países”. Esto último era, a todas luces, una velada crítica a la prédica norteamericana sobre las bondades universales de su sistema democrático. En ese contexto, “La RFA dispondría por medio de un trabajo conjunto con España de recursos que dominan el idioma y no tienen dificultades de adaptación en países con niveles sociales y económicos diferentes.”¹⁵ Podría decirse entonces que, en cierta forma, un técnico de Barcelona carecería, por su afinidad cultural y socioeconómica, de las dificultades de adaptación que padecería su colega alemán en la puna boliviana, de modo que podría inducir a Bolivia a emprender una reforma política y económica como la que la propia España venía llevando a cabo y que, por razones obvias, la alejaba del peligro comunista.

De alguna manera, la referencia implícita sobre la cercanía cultural del modelo franquista y la crítica a los Estados Unidos por su prédica democratizante y su incomprensión injustificada de la presencia de dictadores como Stroessner, así como la referencia al escepticismo con que la región recibía los preceptos democráticos norteamericanos dejarían ver una cultura política fundada exclusivamente en el autoritarismo, sin lugar a contradicciones internas y pujas entre fuerzas democráticas y autoritarias. Incluso, esa caracterización dejaba ver que la raíz autoritaria sería una particularidad cultural casi natural, transvasada simplemente de España con la matriz

¹⁵ PAAA; B 33 No 299; II B2, 19 de junio de 1964. El documento habría sido redactado, según puede entenderse de otros documentos de la misma carpeta, por el Director Ministerial Josef Jansen.

colonial, y no el fruto de un desarrollo histórico en el cual se fundían importantes contrastes en los terrenos económico, político o social.

La “identidad cultural” de la región en bloque podía, por momentos, generar recelos en algunos países del continente, cuando quedaba groseramente en evidencia. Eso es lo que ocurría, por ejemplo, en el marco de la organización de la feria “Partner del progreso en América Latina” en Berlín en 1964. El Embajador alemán en Kingston se quejaba de que las instrucciones de hacerle entender a las autoridades locales que el término Latinoamérica no debía ser entendido en un sentido político no serían bien recibidas. “Aquí se pone un valor decisivo a la identidad diferenciada del espacio caribeño del resto de Latinoamérica, y también geográficamente hay un sentimiento de vecindad, pero no de pertenencia a Latinoamérica. En este contexto, fue también un sin sentido, que la dirección de la feria en Berlín haya mandado al gobierno local información exclusivamente en español, que les muestra que asimilamos sin reflexión a Jamaica a Latinoamérica y ni siquiera estamos orientados en el idioma nacional.”¹⁶

Diversos informes enfocaban los problemas de la región a partir de cierta esquematización de la idiosincrasia de gobernantes, grupos de poder y población, que, en conjunto, permitían explicar el bloqueo del proceso de desarrollo como algo absolutamente endógeno a sus países y obviar en el diagnóstico la relación estrecha entre desarrollo y subdesarrollo. Tal era, por ejemplo, el análisis que hacía el Embajador alemán en Brasil en 1962. “Como consecuencia de la preferencia brasileña a la improvisación, la enconada resistencia de poderosos círculos económicos contra el dirigismo estatal, una monstruosa estructura administrativa compartimentada y una forma federal del estado con fuertes intereses propios por parte de los gobernadores, ha faltado hasta ahora una planificación orientada, unificada para todo el país, fundada en puntos de vista económicos –en lugar del prestigio y los intereses individuales–, incluso en lo referido a las inversiones públicas.”¹⁷

Sobre ese diagnóstico de las características culturales de la región, se planteaban diversos proyectos que apuntaban simultáneamente a introducir de manera forzada cierto orden, una racionalidad más acorde a las lógicas alemanas, a mejorar la cultura política y la difusión de pautas y prácticas culturales educativas más en general y, finalmente, a multiplicar los canales locales de promoción de los valores occidentales frente al peligro latente de avance de ideas comunistas, especialmente en los círculos técnicos e intelectuales, donde se temía una mayor capacidad de penetración de la influencia socialista.

Algunas iniciativas podían lograrse con la presión económica en las negociaciones de acuerdos comerciales, préstamos, etc. En el mencionado informe del Embajador en Brasil, por ejemplo, se hace mucho hincapié en la necesidad de forzar una reforma del Estado, ganar en transparencia y obligar a políticas más amigables al comercio y a las inversiones externas. Sin embargo, más interesante para la coyuntura que estamos analizando es la aparición de un conjunto de iniciativas centradas en una perspectiva de influencia cultural de más largo plazo y menos perceptible en su desarrollo.

¹⁶ PAAA; B 33 No 299;II A 1-84/283/64, telegrama del Embajador alemán en Kingston al PAAA, 12 de junio de 1964.

¹⁷ PAAA; B 65 415, No. 365, Tema: Brasil y la Alianza para el Progreso, Informe del Embajador alemán en Brasil, 30 de noviembre de 1962.

La ayuda al desarrollo y las formas de influencia sobre la percepción cultural

Las políticas y las medidas concretas de ayuda al desarrollo que Alemania llevaba a cabo en Latinoamérica deben ser consideradas en una muy estrecha relación con la coyuntura. Entre fines de los 50 y principios de los 60, la intención de influir sobre el contexto cultural era considerada como una de las llaves de la lucha contra el comunismo, que por entonces reconocía uno de sus momentos más ásperos en la región. En el terreno cultural, la puja resultaba estimulada por un avance de los países socialistas en la cooperación directa o en acciones unilaterales para promover las ventajas de su sistema. Especialmente, la acción apuntaba a promover visitas y conceder becas a intelectuales o técnicos y universitarios en formación, iniciativas complementadas con asistencia técnica.

Inmediatamente, algunos organismos gubernamentales alemanes detectaron esa colaboración y comenzaron a impulsar su propia acción de influencia, reconociendo, no obstante, problemas presupuestarios para una acción decidida. En un informe de la Cancillería alemana se insistía, por ejemplo, en el bajo nivel comparativo que registraba la ayuda al desarrollo estatal (no así la privada) en América latina y se sugería su elevación debido especialmente a la actividad soviética: “Debería reflexionarse si no debería reorientarse al menos 8-10% de los medios disponibles a Latinoamérica. En especial debería reforzarse el envío de expertos y la asistencia por medio de estudios de proyectos. Esto resulta en especial urgentemente necesario en vista del inicio de la actividad de la zona soviética.”¹⁸ La zona soviética era la República Democrática de Alemania (RDA), denominada oficialmente por la RFA hasta 1969 Zona de Ocupación Soviética, y que había comenzado una sutil y dificultosa expansión técnica y económica en algunos países de Sudamérica, estableciendo pequeñas misiones comerciales (cf. Musacchio 2011).

La discusión sobre el destino de los recursos que hacia 1961 se venían incrementando apuntaba cada vez más a priorizar acciones de largo plazo en el terreno cultural y social, sobre todo tomando en cuenta que la expansión de los intereses económicos se asentaba fundamentalmente en recursos privados, apoyados públicamente por créditos y garantías. En lo referido a los fondos para estimular a países capaces de desarrollarse, se financiaba en primera línea escuelas técnicas, actividades técnicas y universitarias, programas de pasantías, equipamiento de hospitales, envío de técnicos y expertos de diversos tipos, dirigentes y docentes, asesores para los estados, así como visitas a Alemania de personalidades, científicos y tecnólogos. La propuesta del AA para el presupuesto 1961 consistía en un financiamiento para este tipo de actividades por un monto de 100 millones de DM, de los cuales 40 millones debían cubrir programas ya en curso y otros 60 millones financiar nuevas actividades.¹⁹

Especial importancia cobraban los programas de becas y pasantías a estudiantes, así como la invitación a destacados intelectuales. Especialmente en los primeros se concentraba gran interés político:

¹⁸ PAAA; B 65-415 No 284; Tema: Conversación entre Directores sobre construcción de puntos centrales de la política del desarrollo del 10.10.60, 7 de noviembre de 1960.

¹⁹ PAAA; B 65 415, No. 362, Tema: Medidas de asistencia bilaterales para la promoción de países capaces de desarrollarse en 1961.

Las iniciativas provenían muchas veces de las fundaciones políticas o religiosas, las cuales, con fondos públicos, organizaban actividades que apuntaban en esa dirección. Ejemplo de ello era la propuesta que presentó la Fundación Friedrich Ebert (vinculada al partido socialdemócrata), pidiendo recursos –concedidos parcialmente en 1963- para la realización de tres encuentros, a saber un seminario con sindicalistas en Santiago de Chile, un seminario sobre la confrontación mental (*Geistige Auseinandersetzung*) con el comunismo en San José de Costa Rica y el envío de becarios alemanes a Latinoamérica, previa realización de un seminario de preparación. También la Fundación Naumann (vinculada al partido liberal) había solicitado fondos especiales, tratados en conjunto y de la misma manera. En ambos casos se reflejaba el control estricto del Estado sobre la parte académico-ideológica del proyecto, pues “antes de que la sección IV 1 apruebe la propuesta... debe pedir todavía una opinión de las secciones nacionales correspondientes sobre los proyectos individuales.”²⁰ La evaluación del proyecto resultaba más que gráfica de los efectos buscados con este tipo de actividades. “Las propuestas enumeradas más arriba bajo 1) y 2) de la Fundación Friedrich Ebert aparecen como adecuadas para financiar desde un punto de vista político. Los sindicatos en América latina están poco desarrollados y se muestra repetidamente que elementos comunistas infiltran a los gremios y toman posiciones de liderazgo, principalmente porque la masa de sindicalistas tiene poca experiencia y esta poco educada para enfrentar las argumentaciones de los gremialistas comunistas.”²¹ Similar evaluación recibía un seminario organizado por una entidad vinculada al partido demócrata cristiano sobre el tema “La ligazón religiosa y sus efectos en la política práctica”, que trataba de fortalecer y estimular la actividad de los partidos políticos de raíz cristiana como barrera frente al avance de las ideas y prácticas comunistas.²²

Igual camino seguían instituciones religiosas como el Comité Internacional para la Defensa de la Cultura Cristiana. En el informe sobre las actividades de 1964 y el pedido de financiamiento para 1965, por ejemplo, se hace una detallada rendición de cuentas de lo hecho durante al año. Específicamente para el caso de América latina se detalla a lo largo de dos páginas todas las acciones, las contrapartes y las dificultades verificadas en la lucha ideológica contra el comunismo. Para el caso de Chile, se destacaba la acción del Dr. Aguirre, quien “pudo ganar una importante experiencia para su actividad en la sección chilena durante su visita a Berlín, que también lo condujo hasta el muro y al congreso anual en Viena. Pertenece a aquellos que reconocieron la necesidad de mostrarles claramente a las personas indecisas en Latinoamérica las acciones del comunismo”... “En Uruguay, en cambio, el representante del comité y sus asistentes observan la política de Uruguay al detalle y advierten muy preocupados que la actividad de propaganda de la Zona de Ocupación Soviética desde la fundación del Instituto de Cultura del Uruguay – RDA se ha fortalecido. Los combatientes de la libertad observan con sentimientos mezclados que los comunistas disponen de grandes medios financieros, mientras ellos mismos deben luchar con grandes dificultades.”... “También en nuestros puntos de apoyo Bolivia, Perú y Argentina puede dibujarse un buen deseo de quitarle piso al enemigo comunista por medio de un orientado trabajo de esclarecimiento. Pero ellos podrían de actuar de una manera más eficaz si pudiesen al menos ser apoyados por

²⁰ PAAA; B33, No299., I B 2/82.60/91, 2 de octubre de 1963.

²¹ PAAA; B33, No 299. 4 de octubre de 1963.

²² PAAA; B33, No299. Intercambio de notas entre el 19 de Julio de 1963 y el 19 de febrero de 1964.

medio de pequeñas ayudas desde la central internacional”²³ Lo curioso es que en ningún momento el informe hace referencia a actividades de tipo místico religiosas o a la cuestión cristiana en sentido positivo. La actividad resultaba, así, solo de ataque a las ideas comunistas y de “esclarecimiento” ideológico.

Las actividades anticomunistas, sin embargo, no siempre resultaban exitosas, pues muchas veces eran desarrolladas de manera poco sensible y generaban la desconfianza o el desagrado de los interlocutores. Esto, por ejemplo, lo indicaba el Embajador alemán en Bruselas al referirse a un viaje de un grupo de estudiantes a Berlín, organizado por la World Alliance for Student Co-operation. “La objeción de los estudiantes y del guía del viaje fue contra la exposición que presentó el experto enviado por el Ministerio de Asuntos Alemanes Generales y que, en lugar de una descripción casuística, aparentemente fue una propaganda lisa y llana. Desde aquí se ha insistido muchas veces en los contextos más disímiles, cuan sensiblemente reaccionan los extranjeros ante esas exposiciones unilineales. En el caso en cuestión, dado que los estudiantes deben ser enfocados especialmente hacia la diferencia entre el Oeste libre y los países comunistas, es de lamentar este paso en falso especialmente en Berlín. Por eso, sería deseable que en el futuro, especialmente en una visita de intelectuales extranjeros, se pusiera gran atención de que las exposiciones estuviesen libres en forma y contenido de cualquier tinte propagandístico.”²⁴

Las actividades oficiales y privadas citadas son solamente una muestra de un conjunto más amplio de proyectos, todos con una raíz explícita común: influir sobre la opinión pública y sobre personalidades específicas a partir de la cooperación técnica, educativa y cultural, mostrando por un lado las ventajas del modelo occidental y, por el otro, las miserias del socialismo pregonado por la URSS y la “Zona de Ocupación Soviética”. Si bien la idea general de influir forma parte habitual de la cooperación al desarrollo, lo específico de la coyuntura era su estrecha vinculación con el enfrentamiento entre el Este y el Oeste y, por lo tanto, su orientación específicamente anticomunista. Bajo esa perspectiva, el capítulo cultural de la asistencia al desarrollo mostraba una doble diferenciación. Desde el punto de vista sincrónico, marcaba una ruptura en el trasfondo de la política alemana al desarrollo, pues a partir de la revolución cubana perdía algo de terreno para la AA la “cuestión de las dos Alemanias” y ganaba espacio la lucha más general contra el comunismo. Incluso, en la documentación de la AA es posible advertir un seguimiento más atento de las actividades de la URSS y de China. Desde el punto de vista diacrónico, en cambio, el contraste se establecía con los Estados Unidos, cuya esfera de acción apuntaba más a la faz económica y asistencial. Con el enfoque norteamericano, sostenían los alemanes, quedaba descuidado el frente sobre el que más cómodamente trabajaban los comunistas. No debe menospreciarse, de todos modos, que el cuestionamiento a la forma de trabajo de los EEUU se originaba también en la aparición de los primeros síntomas de una competencia por ocupar espacios económicos en América latina entre los norteamericanos y algunos países europeos, especialmente Alemania, Francia y Gran Bretaña. Se trata así de una coyuntura especialmente compleja, donde los cambios de estrategia de las grandes potencias, la revolución cubana y una mayor diversificación regional de los intereses de los países

²³ PAAA; B33, No 299. 3 de noviembre de 1964.

²⁴ PAAA; B33, No. 299, documento: “Political impacts of the reduction of our cultural efforts in Latin America as effect of the cut-back of budget”. Bonn, 21 de mayo de 1964.

latinoamericanos en busca de una mayor autonomía se superponen, generando un campo múltiple de tensión y competencia entre todos los actores, bajo el manto de una contradicción “principal”.

La especial coyuntura, sin embargo, comenzó a modificarse luego de la resolución de la “Crisis de los Misiles” a fines de 1962, cuando un acuerdo entre los líderes norteamericano y soviético dio paso a una paulatina distensión. Sin que la Guerra Fría concluyera, la nueva situación parecía consolidar un límite voluntario en la expansión soviética y, por lo tanto, volver a focalizar la asistencia al desarrollo en canales que permitieran la expansión de los intereses comerciales y facilitaran la inversión alemana en la región. El síntoma principal de ese nuevo giro fue dado por el recorte de recursos para actividades de “asistencia cultural”, sobre el cual se quejaba el AA en 1964. En un extenso informe de más de cuatro páginas, trataba de exponer los graves problemas que ocasionaría un tal recorte, estimado en 40 millones de marcos para 1963 y de otros 20 para 1964. El informe destacaba que “La reducción de nuestro trabajo cultural en Latinoamérica derivado obligadamente de un recorte del presupuesto cultural, afectaría simultáneamente también de manera notable nuestros esfuerzos políticos en esos países, y eso en un momento en el que nuestros aliados así como los propios latinoamericanos esperan un incremento de la actividad de los países europeos y especialmente de Alemania en y frente a Latinoamérica. Debe tenerse en cuenta que la ZOS se esfuerza vivamente en ganar influencia cultural en el extranjero y tomará en serio cada nueva oportunidad para llenar un vacío en el trabajo cultural alemán. Nuestros aliados han expresado una y otra vez, tanto en el seno de la OTAN como en conversaciones bilaterales, que justamente Alemania, que goza de grandes simpatías en Latinoamérica, debería aprovechar para lograr un refuerzo y una profundización en las relaciones con esos países.” El informe concluía afirmando que “Nuestras representaciones juzgan el recorte planeado como alarmante. Lo es más aún si se tiene en cuenta que nosotros nos encontramos con nuestro esfuerzo por detrás de países comparables, pero sobre todo si se tiene a la vista que el bloque oriental solamente en el año 1960 utilizó para su propaganda en el extranjero 540 mill. de dólares.”²⁵

El menor presupuesto, que afectaba la influencia política, el funcionamiento de las escuelas alemanas en Latinoamérica o la concesión de becas de estudio e investigación, conjugaba, entonces, la distensión relativa del conflicto Este-Oeste y el avance de los intereses económicos. Eventualmente, y ningún documento oficial alude a ello, el avance concretado o en ciernes de gobiernos y grupos políticos “adeptos a occidente” en varios países de la región, especialmente en los países más grandes como Argentina y Brasil, también blindaba la posibilidad de un avance de las ideas comunistas. En este sentido, algunos hechos adicionales como la expulsión de Argentina de la delegación comercial de la República Democrática de Alemania²⁶ hacía menos necesaria una prédica tan penetrante como costosa.

Conclusiones

Hacia finales de la década del 50, la posición y la confrontación entre las grandes potencias perceptibles en sus vínculos con América latina se tornan especialmente

²⁵ PAAA; B33, No. 299 . Tema. Consecuencias políticas del recorte de nuestro trabajo cultural en Latinoamérica, 21 de mayo de 1964.

²⁶ Sobre esta cuestión, cf. Musacchio 2011.

complejas. Esto se debía a múltiples razones, entre las que se destacaban: un recrudecimiento de la Guerra Fría y su irrupción de Latinoamérica con la Revolución Cubana; la creciente cooperación y competencia (ambos procesos en simultáneo) entre los EEUU y algunas potencias de Europa occidental como Alemania, Francia y Gran Bretaña, abarcando tanto problemas estratégicos como la expansión económica; y un juego cada vez más ambiguo de varios países latinoamericanos en su inserción internacional, tratando de sacar partido en el mapa de contradicciones de las potencias para acelerar los procesos internos de desarrollo económico.

La RFA, que había pasado en los años previos de receptora a emisora de ayuda al desarrollo, tuvo entre finales de los 50 y mediados de los 60 algunos cambios en su estrategia de asistencia. Si bien la focalización en dos cuestiones principales –el reconocimiento de ella como la única Alemania y la reconstrucción de los vínculos económicos quebrados durante la Guerra– continuaron siendo las dos preocupaciones esenciales, una aproximación más estrecha a la lucha contra la expansión comunista en general (que la acerca a los EEUU) y una aceleración de la puja de intereses económicos con otras potencias (que la aleja de los EEUU) la obligaron a redefinir algunos elementos de una política al desarrollo que, a la sazón, no contaba con un perfil claro.

Surgió entonces una óptica diferenciada de los EEUU en materia de contención del comunismo, dándole una creciente importancia a los factores culturales, académicos y técnicos, cuestionando una interpretación norteamericana a la que le atribuían una focalización excesivamente economicista. A partir de una caracterización un tanto particular de la cultura latinoamericana –que muchas veces condujo a rispideces con los países del “nuevo continente”, se enfatizó la financiación de proyectos destinados a influir en la vida sociocultural de la región, combatiendo una expansión de la influencia de la URSS y de la “ZOS” que también apuntaba a esa dimensión. En esa perspectiva, la RFA logró una mayor sintonía con las otras potencias europeas, tratando todas de diferenciarse y cooperar sólo parcialmente con la iniciativa norteamericana enmarcada en la Alianza para el Progreso. Resulta indudable que esa diferenciación se debía sólo en parte a una concepción diferente, pues también emanaba de una creciente competencia entre los europeos y los norteamericanos.

La creciente distensión luego de los primeros acuerdos de los Estados Unidos con la URSS, de la estabilización y encapsulamiento de la Revolución Cubana y la imposición de gobiernos adeptos a occidente en varios países clave de Latinoamérica volvieron a correr el foco estratégico. Los objetivos de la ayuda al desarrollo se reencausaron cada vez más claramente hacia la penetración económica y la financiación de la asistencia cultural retrocedió desde mediados de la década del 60, a partir de recortes presupuestarios.

Literatura

Bodemer, Klaus 1974: Entwicklungshilfe- Politik für Wen? Ideologie und Vergabepraxis der deutschen Entwicklungshilfe in der ersten Dekade; Munich. Weltforum.

Gieler, Wolfgang & Miltsch, Rebecca: Walter Scheel 1961 – 1966. In: Gieler, Wolfgang (ed.) 2008: Deutsche Entwicklungsminister von 1961 – 2008. Biographie, Konzeptionen und Einfluss auf nationale und internationale Entwicklungspolitik. Scientia Bonnensis, Bonn, 2008.

Hein, Bastian: Die Westdeutschen und die Dritte Welt. Entwicklungspolitik und Entwicklungsdienste zwischen Reform und Revolte 1959 – 1974. Institut für Zeitgeschichte, München; R. Oldenbourg Verlag, München, 2006.

Kilian, Werner: Die Hallstein Doktrin. Der diplomatische Krieg zwischen der BRD und der DDR 1955-1973; Berlin. Duncker & Humboldt.

Musacchio, Andrés 2011: “La otra Alemania: Las relaciones de Argentina con la República Democrática de Alemania. 1955-1964”, Revista Iberoamericana No. 43, Vervuert.

Raffer, Kunibert y Singer, H.W. 2001: The Economic North – South Divide. Six Decades of Unequal Development. Edward Elgar Publishing; Cheltenham.

Rebmann, Linda 2010: “La política alemana de cooperación al desarrollo en la época de la doctrina Hallstein y su incidencia en las relaciones con Brasil”. En: Ciclos en la Historia, la Economía y la Sociedad N° 37-38.

Rapoport, Mario y Laufer, Rubén 1999: Estados Unidos ante el Brasil y la Argentina. Los golpes militares de la década de 1960. Cuadernos de CICLOS No. 6.